

FUNDADO EN 1905 POR DON TORQUATO LUCA DE TENA

ES frecuente la
objeccion de
que la Monar-
quia es una Institu-
cion ya superada en el mundo actual, y
que no refleja la psicología ni recoge las
aspiraciones políticas de las generaciones
nuevas. Quienes así hablan muestran una
parte de la realidad, esto es, la mentali-
dad de esos jóvenes, que han crecido en
una atmósfera de tecnicismo, de practi-
cismo, muy alejada de la época anterior
a la primera guerra mundial, cuando los
países europeos eran Monarquías.

El final de aquella contienda parece
señalar una decadencia de los regimenes
monárquicos. En efecto, tras el derrum-
bamiento de los Zares en Rusia, caye-
ron los Imperios centrales y desapare-
cieron los Habsburgos de Viena, y de
Berlín los Hohenzollern. Poco después se
hundieron las Monarquías en Grecia y
en España. El final de la segunda guerra
acentuó esta tendencia, al eliminar los
Reyes de Yugoslavia, Rumania, Bulgaria
e Italia. En cambio, con la última pos-
guerra se consolida la Restauración en
Grecia, si bien algunos señalan a veces
el riesgo de que el Trono de Atenas pue-
da sufrir de nuevo una grave crisis. In-
cluso en los países del Oriente Medio y
del norte de África, que han adquirido
nuevo vigor con la rebelión anticolonial-
ista, los regimenes monárquicos han sido
también víctimas propiciatorias en Egipto,
en Túnez y en el Irak. Idéntica suerte
corrió alguno de los establecidos en lo
que fue la Indochina francesa.

En tal clima es explicable el escepti-
cismo con que algunos acogen el futuro
monárquico de España. Porque el pro-
blema no reside tanto en la instauración
de la Monarquía como en su consolida-
ción posterior. Y la instauración es tarea
de quienes vivieron en España el fracaso
de la República. Pero la consolidación co-
rresponde necesariamente a las nuevas
generaciones.

Ahora bien, una más atenta considera-
ción de este ambiente externamente anti-
monárquico nos hace ver que en realidad
se trata de un clima de completo escepti-
cismo. En él se manifiesta el antimonar-
quismo porque esto es lo fácil, y quienes
lo expresan sienten con ello un desahogo,
sin al mismo tiempo tener que tomar con-
ciencia de su propio vacío político. Esa
actitud empírica y pragmática ante las
formas de gobierno y la preocupación tan
sólo por los problemas técnicos, sociales
y económicos, es indudablemente más fa-
vorable a la República que a la Monar-
quia. Pero también resulta claro que lue-
go tal mentalidad escéptica, al comprobar
que la República no funciona, renuncia
igualmente a la República y se acomoda
a la dictadura. El proceso contemporáneo
de los países antes citados como argu-
mento, lo comprueba de modo palmario.

EL FUTURO POLITICO DE LA MONARQUIA

En ellos no se ha creado, como sustituto
de la Monarquía, ningún fervor republi-
cano o verdaderamente democrático, sino
que la mayoría de esos países ha venido
a caer en regimenes dictatoriales o de
excepción.

Dictaduras comunistas en Rusia, Ru-
mania, Bulgaria y Yugoslavia; dictadu-
ras militares en Egipto y en Irak; situa-
ción cercana al caos en Laos y en el
Vietnam. ¿Y en los otros países? Ale-
mania no se encuentra en circunstancias
normales, ya que está dividida y prácti-
camente ocupada por ejércitos extranje-
ros, aunque alguno de ellos realice su
ocupación bajo el título de la amistad.
Portugal, que estableció la República
en 1910, ya en 1926 tuvo que recurrir a
la dictadura militar, y en la actualidad
tiene como jefe de Estado a un Almirante,
y como jefe del Gobierno desde
1933 a un mismo gobernante, aunque
por fortuna es inteligente y honesto. Tur-
quia ha tenido siempre a su frente ge-
nerales, y el corto periodo de Menderés,
en que no sucedió así, terminó de modo
catastrófico con el encarcelamiento del
presidente de la República y la ejecu-
ción del primer ministro; en este momen-
to, el jefe del Estado es un general y otro
general el jefe del Gobierno.

Caso aparte es Italia, pero allí el difí-
cil equilibrio de la Democracia cristiana
sólo se explica por el prestigio del Pon-
tificado y la influencia moral de la Jerar-
quía sobre los católicos italianos.

En cuanto a Francia, el país republi-
cano por excelencia, tras el fracaso de
cuatro Repúblicas, ha tenido que recurrir
a un general, que—con poderes realmente
excepcionales—gobierna como un Monar-
ca elegido; y cuando se plantea el pro-
blema de su sucesión, suena como posible
sucesor el conde de París. Por eso, comi-
enzan a decirse que este cambio de
Francia parece simbolizar el fin del pe-
ríodo republicano, que la propia Francia
inició en 1870.

Vemos, en efecto,
que de todos los paí-
ses citados, el único
que ha evitado tener
que recurrir a poderes extraciviles ha sido
Grecia, precisamente la nación que logró
instaurar la Monarquía, aun en circuns-
tancias realmente trágicas para el país.
Del mismo modo, tampoco hay que olvi-
dar que mientras tanto las viejas Monar-
quías europeas de los países escandina-
vos, Inglaterra, Bélgica y Holanda han
mantenido su prestigio, su eficacia y su
estabilidad.

La evolución política de estos últimos
años no es, por tanto, contraria a la Mo-
narquía. Los pueblos que no pueden lo-
grar la restauración por no contar con
la necesaria dinastía, con la familia his-
tórica que les permite simbolizar la uni-
dad del país y la autoridad del Estado,
han tenido que recurrir al Ejército.

La transición del mando militar al ré-
gimen civil en una sociedad política rees-
tructurada se realiza en mejores condi-
ciones cuando el período excepcional ha
preparado la Monarquía, por la concien-
cia que ésta tiene de que, de nuevo, ha de
contar institucionalmente con los elemen-
tos reales de la sociedad, en la vida civil.

El viejo embajador Lequerica—con
quien discutí muchas veces estos proble-
mas en nuestros encuentros en Nueva
York, en lo que él llamaba su Mónaco—
temía que en España la Monarquía fu-
tura resultase débil. Pero, aparte de que
ese temor para lo que debe servir es
precisamente para establecer unas insti-
tuciones monárquicas que no sean débi-
les, la experiencia ha demostrado que en
España la República es mucho más débil
aún, y además anárquica; indefensa por
ello ante las aventuras demagógicas. La
realidad es que la Monarquía puede ga-
rantizar la moderación de esa autoridad
que evidentemente necesita España, como
necesitan muchos países.

A la Monarquía se va, pues, ahora des-
de una mentalidad realista, desde la man-
talidad antisentimental que es nota ca-
racterística de las nuevas generaciones.
A la Monarquía se acude en busca de una
autoridad con controles institucionaliza-
dos que haga compatibles la eficacia de
muchos gobiernos militares con la mode-
ración jurídica y la permanencia creadora
de los Estados de derecho.

Sin duda, el clima histórico que expre-
san esas resistencias de las generaciones
jóvenes requiere que la Monarquía—co-
mo ha hecho siempre—se adapte a las
nuevas realidades históricas, e introduzca
en su estructura y funcionamiento—e in-
cluso en sus formas externas—aquellas
modificaciones que la muestren situa-
da a la altura de los tiempos.

Rafael CALVO SERT